

ración y reconocimiento ante el cadáver de quien en vida supo ser verdadero apóstol de la juventud pobre y abandonada. Todos se acercan con reverente piedad y desean besar la mano de Don Bosco; pero como una balaustrada lo impide llaman á algunos de los sacerdotes que allí hay y les dan medallas, imágenes, estampas, coronas, pañuelos, libros de devoción y otros objetos para que se sirvan tocarlos á aquellas sagradas manos. Por todas partes se llora y todos salen de la iglesia llenos de conmoción. Hemos visto á hombres de elevada inteligencia y de no comunes prendas, pasar por delante del cadáver inclinando la cabeza y pronunciando las siguientes palabras:—¡Es un santo!—Ha habido corazones generosos que se han apresurado á socorrer á los huerfanitos de Don Bosco, y entre los varios actos de señalada caridad, es digno de particular mención un billete anónimo cerrado con adjunta limosna en un sobre, y colocado entre los pliegues de los ornamentos del cadáver, con estas palabras:—Querido Don Bosco, ¡ruegue por mí!...

Al anochecer, después de conseguir con gran trabajo que se retire la gente, se han cerrado las puertas. A las nueve se abren de nuevo para permitir la entrada á muchas personas que acaban de llegar de varios puntos del Piamonte y de la Lombardia, con el único fin de ver, por última vez, los restos mortales del esclarecido Fundador.

Las visitas al aposento de Don Bosco han sido innumerables.

También la iglesia de María Auxiliadora durante todo el día ha estado llena de personas que venían á rogar por Don Bosco, y especialmente en la hora de la bendición que con el Santísimo Sacramento se daba á las siete y media de la tarde.

Un parte telegráfico, procedente de Génova, mandado por el Emmo. Sr. Cardenal Alimonda, puso fin á los conmovedores sucesos de este día tan triste y doloroso. El Emmo. Cardenal manifiesta el más vivo deseo de venir mañana á Turín.

El adiós de los hijos.

Entre todas las funciones habidas durante estos días en el Oratorio, no hay duda que la más tierna y conmovedora ha sido la del último adiós que los hijos daban con el corazón sumido en profundo dolor á su amado é inolvidable Padre Don Bosco.

El 1.º de febrero á las nueve de la noche todos los niños del Oratorio estaban reunidos en la capilla donde se había expuesto el cadáver, y, arrodillados, rezaron las preces que el venerando difunto les había enseñado.

Los ojos y corazones de todos estaban fijos y como extáticos contemplando aquella dulce fisonomía. ¡Qué de recuerdos! ¡cuánta ternura! ¡cuánto dolor! Concluídas las oraciones, y después de un breve é imponente silencio, Don Francisca pronunció á los circunstantes palabras que arrancaban lágrimas de ternura y de amor.

—«¡Ved allí á nuestro amado padre, decía, con aquella calma, aquella tranquilidad, aquella sonrisa que se transparenta en sus labios! Parece que quiere hablaros y vosotros casi esperáis que se levante y os dirija la palabra. ¿No es verdad? Pero él, por desgracia, no puede ya repetirnos aquellos santos consejos que tantas veces os dió. Por esto, los Superiores me han encargado hacer sus veces. Pero ¿y qué os diré yo desde este lugar donde Don Bosco hizo tanto por vosotros? No haré más que recordaros las últimas palabras que él mismo os dirigió. Habiéndole preguntado qué recuerdo quería dejar á sus niños, respondió: *Diles que les espero á todos en el Paraíso.*»

En la iglesia reinaba un recogimiento tan grande, tan íntimo, tan profundo, que materialmente se oía la respiración afanosa de aquellos pobres niños, á quienes Don Bosco; en medio de la serenidad de la muerte parecía bendecir para siempre.

Dado aviso á cada sección para que se retirase á su respectivo dormitorio, con dificultad pudo conseguirse, pues se hallaban como inmóviles y con los ojos inundados de lágrimas, contemplando por última vez á tan grande y amado bienhechor.

Carta del Emmo. Card. Alimonda.

A mitigar nuestro dolor llegaba la preciosísima carta de nuestro venerando Arzobispo, que amaba en extremo á Don Bosco y era en su amistad fielmente correspondido.

MUY RDO. Y QUERIDO DON RUA:

Creo inútil decirle cuán amarga me ha sido la noticia que Vd. se ha dignado comunicarme telegráficamente. Mi venerado y querido Don Juan no ha querido esperarme, para que, siquiera una vez más, pudiese besar su sagrada mano y recomendarme á su protección ante el trono de Dios. ¡Conformémonos con su santa voluntad!

Doy, pues, á Vd., y por su medio, á toda la Congregación Salesiana, mi más sentido pésame, y al propio tiempo prometo unir mis oraciones á las que, en todas partes de Italia y de todo el mundo, se ofrecerán por el eterno reposo del alma preciosa del Fundador de la Sociedad de San Francisco de Sales, si bien tenemos poderosas razones para creer que habrá recibido ya la palma de sus virtudes é inmensas fatigas por la gloria de Dios.

Suyo afmo. en J. C.

† CAVETANO, Card. Arzob.

Génova, San Francisco de Albaro, 31 de enero de 1888.

Las honras fúnebres.

Durante toda la noche han velado los restos tan queridos algunos sacerdotes, acólitos y coadjutores Salesianos. Al amanecer del día 2 de febrero, depónese el cadáver en la triple caja mortuoria, revestido con sus ornamentos sagrados. La prime-

ra caja es de madera de encina, con adornos de bronce dorado. La segunda es de plomo y la tercera está forrada con seda amarilla y adornada con borlas azules.

Se habría debido cerrar y sellar definitivamente el ataúd; pero se ha hecho tan sólo de un modo provisional á fin de proporcionar el consuelo de ver por última vez á tan amado Padre, á muchos de nuestros hermanos, entre los cuales á algunos directores de las Casas de Francia que deben llegar muy pronto.

A las ocho y media, la carrera de la Reina Margarita que desde la *Plaza de Milán* va á dar á la de María Auxiliadora, está completamente llena de gente. En la calle de Cottolengo agentes de policía esfuérganse en poner un dique á tan numerosa y extraordinaria concurrencia. Además procuran abrir paso á los amigos de Don Bosco, á los Cooperadores y Cooperadoras de su Obra. Los coches tienen que pararse á cierta distancia del Oratorio.

Sobre la puerta del santuario, adornada con cortinajes de luto, se leen en hermoso cuadro estas sencillas palabras:

A DON BOSCO
PREGANO LA PACE DEI GIUSTI
I SUOI FIGLI
DOLENTI

A Don Bosco desean la paz de los justos sus afligidos hijos.

En el primer patio del Oratorio hay un número considerable de señores con carteras de viaje, y un poco más adelante muchos sacerdotes mezclados con los Salesianos. Los primeros son franceses, de los cuales unos han llegado en el tren de Modán y Susa, otros son peregrinos recién llegados de Génova, muchos de Suiza é Irlanda, de regreso de Roma, los cuales interrumpen su itinerario para venir á tomar parte en la sepultura de Don Bosco. Los segundos pertenecen al clero turinés, que vienen á mezclar sus lágrimas con las de los Salesianos.

La parte de la iglesia reservada al público está toda ocupada desde las primeras horas de la mañana. En medio y precisamente bajo la gran cúpula, elévase el catafalco, sobre el cual pende un magnífico pabellón blanco y negro. En el retablo del altar mayor, todo cubierto de negro, resalta una gran cruz de plata. Al lado del Evangelio está la cátedra episcopal, cubierta también de negro, pero sin baldaquino. Tan fúnebre ornato causa en los ánimos la más triste impresión.

El silencio es profundo. Óyese á fuera un vago rumor; es el gentío inmenso que en vano intenta entrar en la iglesia; sin embargo, no se dan gritos ni ocurre el más mínimo desorden. La puerta principal de la iglesia está abierta de par en par; desde adentro vese la plaza llena de personas que, con gran devoción y recogimiento, asisten al santo sacrificio de la Misa que se celebra en varios altares de la iglesia. Los bancos que rodean el ca-

tafalco van llenándose de muchos invitados, gran número de señoras é Hijas de María Auxiliadora.

El toque funeral de las campanas anuncia las honras. De repente óyese el melancólico y suave canto de los salmos del real Profeta. Se abre una puerta lateral y una procesión atrae hacia aquella parte las miradas de todos los circunstantes. Considerable número de niños, revestidos con sotana y roquete, aparecen con cirios encendidos. Detrás ¿quién viene? ¡Ah! el padre de tantos pobrecitos huérfanos, Don Bosco! que reposa en un ataúd, colocado sobre los hombros de ocho sacerdotes Salesianos, los cuales, llegando al catafalco, lo depositan con indecible veneración y respeto.

Son las nueve y media. Seis cirios arden en el altar mayor y algunos centenares de velas rodean el catafalco, adornado con el escudo de la congregación Salesiana y muchas coronas colocadas por la piedad de los fieles.

Se adelanta el Clero ordenadamente; por último viene el Ilmo. Sr. Don Juan Cagliero, revestido con los hábitos episcopales. La congoja de este venerable Apóstol de la Patagonia se advierte en su melancólico rostro y parece que va repitiendo entre sus oraciones: *¡También yo he perdido á mi padre!*

Apenas la orquesta hubo entonado el *Requiem*, cuando los ojos de todos se inundaron de lágrimas.

¡Oh Ilmo. Sr. Cagliero! Cuando en la flor de tus años escribías las notas de esta Misa fúnebre

tan solemne, conmovedora y artística, no pensabas ciertamente que algún día sería cantada, estando tú presente pontificalmente, por el descanso eterno del alma de tu amado Don Bosco. Los mismos cantores sentían la fuerza de tus afectos, y las notas salían claramente de sus pechos, mezcladas con sollozos y abundantes lágrimas.

A las once y media terminaba el *Libera me, Domine*.

Una idea singular embargó nuestra mente durante el tiempo del sagrado rito. Don Bosco, hacía ya algunos años que, al pedir lo que podía ser ventajoso á la Sociedad fundada por él, solía repetir, como causa de su consecución, el deseo de cantar el *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace*, al ver realizada la obra que en nombre del Señor había emprendido. Pues bien; su funeral tenía lugar precisamente el día en que tantos siglos hace, el *Nunc dimittis* había sido cantado por primera vez por el santo anciano Simeón.

**Proceso verbal en el ataúd de
Don Juan Bosco.**

À las dos de la tarde, antes que los venerandos restos de Don Juan Bosco se cerraran definitivamente en la caja mortuoria, ante la presencia de los Sres. doctores D. Juan Albertotti y D. Tomás Bastente, se leyó, y después se metió dentro de una redoma de vidrio, la siguiente declaración,

firmada por los mencionados médicos y varios Superiores Salesianos, testigos oculares del hecho:

«Los infrascritos dan fe que en este ataúd están depositados los humanos restos del sacerdote Don Juan Bosco, Fundador de la Congregación de San Francisco de Sales, de la de las Hijas de María Auxiliadora y de los Cooperadores y Cooperadoras Salesianos. Nació en Castelnuovo de Asti, el día 16 de agosto del año 1815, de Francisco Bosco y de María Occhiena, y murió á consecuencia de una consunción lenta de la médula espinal (según resulta del certificado entregado en el Ayuntamiento, firmado por el médico Sr. Albertotti, que le asistió durante su enfermedad, en Turín) en el Oratorio de San Francisco de Sales, el 31 de enero de 1888, á las 4 ³/₄ de la mañana, pocos minutos después del toque del *Ave María*, que pareció ser la voz de la Virgen Auxiliadora que le llamaba al cielo, al fin del IX año del glorioso pontificado del sapientísimo Papa León XIII, gobernando el Arzobispado de Turín el Emmo. Cardenal Sr. Don Cayetano Alimonda y reinando Umberto I de Saboya, nuestro Soberano.—De las obras de caridad y celo admirables, de las varias instituciones, de las grandes y heroicas virtudes, de la vida de este ilustre finado y del llanto general que su muerte ha producido en todo el pueblo hablará á su tiempo la historia.

»El cadáver viste sotana y está revestido de los sagrados ornamentos morados, como en acto de celebrar la santa Misa. En el féretro, juntamente

con este pergamino, dentro de un estuche de vidrio, hay también tres medallas de María Auxiliadora y otra de plata conmemorativa del Jubileo sacerdotal de León XIII.

»Huesos dolorosamente llorados y regados con tantas lágrimas, reposad en paz hasta el día en que el sonido de la angélica trompeta os llame también á la eterna gloria; el espíritu que los animó, nos sea propicio desde lo alto de los cielos, donde fundadamente esperamos se halle gozando de la vista de Dios y de María á quien tanto amó y en quien tuvo siempre la mayor confianza.

»Turín, 2 de febrero de 1888.»

(*Siguen las firmas.*)

Los pocos que tomaron parte en esta triste ceremonia, por última vez, contemplaron aquellos restos venerandos y besaron la mano que estaba aún enteramente flexible. Después los cubrieron reverentemente.

¡Adiós, santos restos de Don Bosco; ya no os veremos más. Desaparece el astro de la beneficencia, el apóstol de la juventud, el áncora de la niñez desvalida, el padre del pueblo, aquella mirada dulcísima que convertía, aquella voz armoniosa que, hablando, adoctrinaba, aquella mano que, alzándose, bendecía, aquellos pies que, caminando, evangelizaban la paz.

Adiós despojos venerandos. Vosotros bajáis al sepulcro, pero á nosotros nos queda la grande alma de Don Bosco presente en sus institutos, viva y patente en sus admirables ejemplos.

Exequias.

A las dos y media de la tarde los concurrentes comenzaron á ocupar las calles y plazas que rodean la iglesia de María Auxiliadora. Los carruajes de los tranvías eran tomados por asalto; los coches particulares y de alquiler conducían multitud de personas al lugar de la sepultura. Desde el mediodía, como ya hemos dicho, muchas tiendas cerraron sus puertas en señal de luto, y á las tres se suspendieron los trabajos en muchas fábricas y talleres.

¿Quién podrá decir cuántas personas asistieron á este funeral, al cual no ha habido acá otro alguno comparable? Diremos *cien mil*, pero quizá eran más. A lo largo de las calles de *Cottolengo*, del *Príncipe Oddone*, de la *Regina Margherita* y de *Ariosto*, dos largas y anchas filas de personas esperaban el cortejo que se movía lentamente. Todos los balcones estaban llenos de gente; sobre los árboles, carros y faroles veíanse á aquellos vivaces hijos del pueblo que de todo saben hacer algazara, y que, sin embargo, en el solemne recogimiento de aquel acto, observaban una conducta en extremo reverente y respetuosa.

Don Bosco, en una memoria suya manuscrita, recomendaba la modestia de los funerales, aunque manifestaba el deseo de que sus hijos acompañasen sus restos hasta la última morada. Pero ¿acaso era necesario imponer tal deseo á corazones que rebosaban de afecto?

A las tres y media empezó á desfilar el cortejo, compuesto de más de veinte mil personas. Caminaban delante las Hijas de María de las parroquias de San Donato y San Joaquín, seguidas de algunas Hermanas, educandas del Instituto de Santa Teresa en Chieri, y varias niñas de los Oratorios festivos. Iban luego en gran número de Cooperadores y Cooperadoras de la Congregación Salesiana y gran concurso popular asociados en tan piadoso y general tributo de veneración. Seguían los alumnos del Oratorio Salesiano y de la Casa de San Juan Evangelista, divididos por clases los estudiantes y por talleres los artesanos; luego los coadjutores de otras Casas Salesianas y los antiguos alumnos de Don Bosco. Entre estos últimos veíanse catedráticos, periodistas, músicos, maestros, escritores, artistas, mayordomos de fábricas, en una palabra, todas las clases sociales. Era un verdadero y justo homenaje de veneración y gratitud al hombre que á tantos miles de niños desvalidos había dado el pan de la inteligencia y del cuerpo y guiado por la senda del trabajo honrado y provechoso.

La banda del Oratorio Salesiano ejecutaba de vez en cuando alguna marcha fúnebre ostentando su bandera enlutada.

Precedidos del subdiácono con Cruz alta y cubierta con velo negro, venían el clero, los Hermanos menores del Hospicio de San Antonio, los clérigos Salesianos, muchísimos sacerdotes colocados en orden, según su ancianidad, cuarenta Pá-